

Reseña.

Una Nueva Hegemonía: El Poder Obediencial.

Binimelis Espinoza, Helder.

Cita:

Binimelis Espinoza, Helder (2012). *Una Nueva Hegemonía: El Poder Obediencial*. Reseña.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/helder.binimelis.espinoza/6>

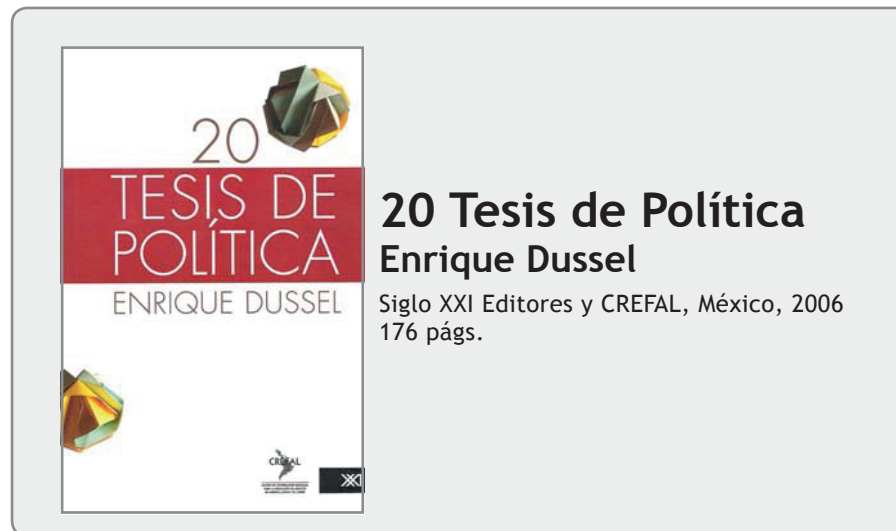
ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p1kW/mk5>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

RECENSIONES



20 Tesis de Política Enrique Dussel

Siglo XXI Editores y CREFAL, México, 2006
176 págs.

Una Nueva Hegemonía: El Poder Obediencial

Helder Binimelis Espinoza¹

Es innegable que están ocurriendo cambios políticos muy significativos en nuestro continente. Ya no puede decirse que Hugo Chávez sea un caso aislado en América Latina, porque junto con él aparecen nuevos líderes como Evo Morales, Luiz Ignacio “Lula” da Silva, Néstor Kirchner y Tabaré Vázquez. Sin embargo, la interpretación que se hace de estas figuras y de los procesos políticos que conducen en sus respectivos países, es en la mayoría de los casos, superficial y peyorativa. Es así que para la opinión pública actual, la calificación de *populista*, con la que usualmente se denomina a los presidentes de Venezuela, Bolivia, Argentina y Uruguay, se entiende como: “...insulto, como crítica, con un significado próximo a lo demagógico, lo fascista, de derecha extrema”. (DUSSEL, 2006, p. 93). Insultos, sin mayores

fundamentos teóricos, que pretenden ser una defensa del orden institucional y económico establecido tras el paso de las dictaduras por nuestro continente, y la posterior integración al orden económico globalizado, y que olvidan, por tanto, el componente político de estos cambios.

Implícitamente estas críticas lo que hacen es cuestionar la definición más elemental de democracia: *el gobierno del pueblo*, porque según sus argumentos, el pueblo se equivoca, no siempre toma decisiones racionales, se deja llevar por pasiones que no se pueden resolver en las dinámicas y en los tiempos que una política técnica, económica y racionalmente correcta debería efectuar.

¹ Docente Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Temuco. Periodista, Magíster en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos. Contacto: hbinimelis@uctemuco.cl

Lo que plantea Enrique Dussel en el libro que ahora comentamos, viene a cuestionar estas visiones dominantes y a fundamentar una forma de interpretar la política y el poder más acorde con el presente, y que, por tanto, permite reflexionar con más acierto sobre las nuevas experiencias políticas que afloran y se extienden por nuestro continente.

El libro está dividido en dos partes, y como su nombre lo indica, cada parte compuesta de diez tesis sobre política. Por razones de espacio no podemos en esta reseña dar cuenta de cada una de estas tesis con el detalle que quisiéramos, por lo que nuestra opción será la de destacar aquellos elementos más novedosos y polémicos en los planteamientos políticos desarrollados por Dussel, y que permitan fundamentar teóricamente el momento histórico que nos toca vivir.

Corrupción de la política. El peligro permanente de la política como actividad es olvidar su referencia fundante en la comunidad política, ya que cuando esto ocurre, la política se corrompe e incluso puede llegar a producir la extinción de esa comunidad dadora de sentido. Dos son las principales corrupciones de la actividad política. La primera es permanente a lo largo de la historia humana: la fetichización del poder (p. 13), que consiste en que el fundamento de la acción política deja de ser la comunidad y pasa a ser la subjetividad del político de turno o las instituciones políticas. La segunda, es algo propio de nuestra época, de una época donde los actores económicos adquieren el control de campos de acción que son propios de la comunidad política. Y dentro de estos campos, uno fundamental es el de la opinión pública, ya que le permite a la comunidad discutir sobre sus asuntos, y este campo se corrompe en su sentido político, cuando la discusión es conducida, orientada, desde intereses que permanecen en privado (Bobbio diría en secreto: la subpolítica, la vigilancia, el terrorismo).

Poder y obediencia. La fetichización del poder lleva a la interpretación de que este no necesariamente debe ser bueno, de

que poder político y ética corren por caminos separados. Esta idea es uno de los fundamentos de la política moderna que se inicia con Maquiavelo. Muchos de nosotros en política pensamos que no podemos elegir al político bueno (porque quizá no existe) y optamos por el mal menor: el que aparentemente menos engañe, el que creamos que va a mantener mayor coherencia entre lo que muestra a la opinión pública y lo que finalmente hace. Lamentablemente, esta forma de entender la política termina transformando en central al representante político y transforma en objeto sin sentido a la comunidad. Se corre el peligro de que el poder cree sus propios mecanismos de validación que desembocan en la violencia contra el pueblo, ya que cuando el pueblo deja de fundamentar la política, no tiene más alternativa que ser servil con el poder.

Pero ¿cómo debe ser el poder político para Dussel? Con un fundamento ético que proviene de las tradiciones indígenas iniciadas por los zapatistas en México, y declaradas como fuente de inspiración en el discurso de asunción a la presidencia de Bolivia por Evo Morales, *Mandar Obedeciendo*, el Poder que obedece:

“Al representante se le atribuye una cierta autoridad (...) para que cumpla más satisfactoriamente en nombre (de la comunidad) los encargos de su oficio; no actúa desde sí como fuente de soberanía y autoridad última sino como delegado, y en cuanto a sus objetivos (...) deberá obrar siempre en favor de la comunidad, escuchando sus exigencias y reclamos” (p. 36).

La ética de regreso a la política. Las crisis políticas, como las que se viven actualmente, surgen a partir de la pérdida de la referencia a la comunidad. Cuando se quiere imponer a la comunidad un consenso en el que la comunidad no ha participado y para el que no existe alternativa posible (ese es el discurso que se transmite a través del control del espacio público de discusión política, al que las alternativas no tienen acceso). Cuando no hay consenso, o cuando este se imponen

por la fuerza (fuerza bruta o fuerza mediática), la comunidad política exige un comportamiento ético de sus líderes políticos, o como lo plantea Dussel, una ética subsumida en política como legitimidad.

La legitimidad es un consenso fundamentado en el pueblo y construido a lo largo de la historia, no es algo que se pueda imponer como un principio tecnocrático o autoritario, son los valores de la comunidad que terminan construyendo normas que permiten un actuar político, y que requieren instituciones que hagan posible la existencia, la vida de la comunidad.

Condiciones condicionantes de la política. Termina esta primera parte indicando los principios esenciales de una política que se construye institucionalmente para el beneficio de la comunidad política. Estos principios son el material, el formal y el principio de factibilidad. Todos son igualmente relevantes, no hay unos que primen sobre otros, aunque en tradiciones ideológicas y en momentos históricos específicos se ha cometido el error de dar más relevancia a uno sobre los demás, trayendo como resultado que la actividad política termina siendo condicionada por los principios que no han sido considerados. El marxismo, como es evidente, se orientó fundamentalmente por el principio material, aunque exclusivamente en su dimensión económica (no pudo ver la relevancia de lo ecológico que percibimos cada vez con mayor claridad hoy en día, no pudo ver la dimensión cultural, declarada con claridad por Morales en su actual "Revolución Cultural"); así como el liberalismo se orienta por el principio formal, separando el elemento material (en su vertiente capitalista) de la política. Corren tiempos de cinismo político y por tanto la primacía es la de la factibilidad (nuevamente, una factibilidad autolimitada por las condiciones económicas de la globalización); aunque en realidad lo factible en política tenga un rango mucho más amplio, dice Dussel: "...*más allá* de la mera posibilidad conservadora (...) y *más acá* de la posibilidad-imposible del anarquista extremo (...) (de derecha en el caso de R. Nozick o de izquierda en M. Bakunin)". (p.83).

Este es el contexto a partir del cual se avizora la construcción de una *nueva hegemonía política* desde el pueblo (como un agente activo, más allá de la fundante comunidad política), basada en una política liberadora, es decir, con base ética legitimadora, que construye consenso democrático.

La hiperpotencia del Pueblo. Una idea clave en el libro, sobretodo en la segunda parte, es la recuperación del concepto de *Pueblo*, entendido como una concreción histórica de la comunidad política. Sin embargo, y a pesar de su relevancia, falta precisar con más detalle *cómo se llega a constituir* ese Pueblo que es capaz de eliminar el consenso de la hegemonía presente e iniciar la construcción de una nueva. Dussel toma la idea de Laclau sobre las *reivindicaciones diferenciadas* (La Razón Populista), y la idea de *traducción* de Santos (El Milenio Huérfano), y aunque en ambos casos esto permite comprender cómo se construyen y comprenden las demandas de sectores y movimientos sociales, no permite apreciar cómo grupos fragmentarios terminan construyendo una unidad mayor, coherente, y que tenga relevancia política: el Pueblo.

Pero ya con el Pueblo constituido, este aparece como el actor clave en la transformación del orden vigente. Todo orden vigente fue construido por una comunidad fundante (ese poder fundante es la potencia), pero todo orden termina fracturándose, porque no hay posibilidad de un orden perfecto: nunca. Siempre hay quien queda fuera del orden, quien es oprimido por el orden (las ideas de exclusión y marginación). Es en el momento en que la opresión se hace insostenible que emerge el Pueblo como hiperpotencia fundante de un nuevo orden, porque el Pueblo tiene la voluntad ética de vivir... algo que el poder político en crisis ya no puede decir de sí mismo.

Las condicionantes liberadoras de la política. Ya se veía en la primera parte que la política tiene tres principios que se entienden como condiciones unos de otros (el material, el formal y el de factibilidad). Cualquier olvido

de una de estas condiciones genera crisis en el campo político. En el proceso de construcción de una nueva hegemonía política desde el Pueblo, estos principios deben entenderse como liberadores. Por ejemplo, respecto al principio material, se adquiere conciencia ética de que el orden político vigente está generando efectos no deseados (o deseados) contra sectores marginados o excluidos de la sociedad. Cuando la política reconoce que no respeta el principio material (¡la vida!) de muchos, se produce la liberación de la política, adquiere conciencia ética para poner en cuestión todo aquello que es causa de muerte.

Del mismo modo deben entenderse el principio formal y el estratégico, como procesos de liberación que permiten construir nuevas instituciones democráticas, y desarrollar estrategias que sean capaces de eliminar las resistencias del orden presente.

Transformación institucional. Se produce así la acción política liberadora, la praxis política, que tiene como tarea fundamental la transformación institucional. La praxis política es una forma de coacción para construir una nueva legitimidad, basada en la obediencia al pueblo. Se puede ser ilegal en este proceso (porque hay ciertos derechos que el orden cuestionado no acepta), pero no se puede dejar de contar con el respaldo de la legitimidad del Pueblo (p. 122). En ciertas condiciones históricas esta praxis puede ser revolucionaria (aunque ya se ha visto lo que sucede cuando los procesos se fuerzan más allá de sus posibilidades), pero en la mayoría de los casos el camino a seguir es el de la transformación gradual de las instituciones. No confundir transformación con reforma, ya que la reforma no es construcción de una nueva hegemonía, es preservar el orden vigente.

El camino propuesto por Dussel es, por tanto, la transformación de las instituciones políticas, acentuando aquellas dimensiones hasta ahora olvidadas por el orden político liberal. A manera de ejemplo, la creación de instituciones preocupadas de la ecología en la dimensión material de la política; de

instituciones preocupadas de la información y la transmisión de cultura, tan relevantes en la esfera formal; o de instituciones preocupadas de la profundización de la democracia y la participación ciudadana en la dimensión de factibilidad.

Dussel abre la posibilidad de mirar los cambios "populistas" no como un exceso de democracia irracional, sino como una construcción, una transformación profunda de un orden político que es cada día más autorreferente, y que se enfrentará al juicio ético del Pueblo.